

EL NAUFRAGIO

En pleno siglo XVIII nuestro protagonista, José, era un niño de unos catorce años que desde muy pequeño había conocido en sus propias carnes la dureza de la vida. Desde que nació se había criado en un pequeño pueblo situado al norte de Dinamarca llamado Carlbirg y había trabajado de sol a sol ayudando a su padre en una pequeña granja. Nuestro protagonista era un muchacho alto y delgado, con la tez blanca y salpicada por pequeñas pecas que parecían puntos de tinta. Le gustaba mucho montar a caballo e ir a la tienda del pueblo a comer caramelos de menta.

Sin embargo, la vida de José cambió drásticamente un día de enero en que un furioso ciclón arrasó la granja y todo por lo que él y su familia habían luchado. Tristes y pesarosos decidieron buscar fortuna en unas nuevas tierras que se estaban empezando a colonizar en un nuevo país llamado América, situado al otro lado del océano. Así, en un frío día de principios de febrero el barco zarpó cargado de gente que como nuestros protagonistas buscaban un futuro mejor para ellos y sus familias.

Cuatro días después de haber salido del puerto de Holland el mar seguía tranquilo como un plato, pero el tiempo cambió repentinamente sin saber por qué razón natural y empezamos a tambalearnos de un lado para otro provocando la lógica preocupación entre los pasajeros que con caras desencajadas comenzaban a pedir ayuda al Señor. Las olas cada vez eran más y más grandes y el barco navegaba prácticamente a la deriva ante la imposibilidad del capitán y la tripulación de controlarlo. Fueron los peores momentos de mi vida. Mi padre trataba por todos los medios de tranquilizarnos y protegernos pero poco podía hacer. Sin saber de dónde había salido, de repente, una grandísima ola batió contra el barco y a partir de ahí ya no sé lo que sucedió. Días después desperté en un isla exótica donde me habían recogido y cuidado unas buenas gentes de aquel bonito lugar. Mi mayor alegría fue comprobar que mis padres también habían logrado sobrevivir y decidimos quedarnos a vivir en aquel paraíso toda nuestra vida.

EL TESORO

Hace muchos años la ciudad de El Cairo era un sitio tranquilo donde vivían pacíficamente un buen número de familias que vivían básicamente de la pesca, la agricultura y la ganadería. En esta bella ciudad vivía Yashé, un humilde ganadero que cuatro veces al año subía con sus ovejas a un monte cercano llamado el Alto del Jolán en busca de ricos y abundantes pastos. Nuestro protagonista era un rudo muchacho de unos veinte años que desde muy pequeño se había acostumbrado a trabajar de sol a sol. Delgado como una culebra vestía siempre con unos pantalones ya gastados por el uso y una chaqueta de color negro como el carbón que le protegía del frío de la montaña.

La vida corría tranquila para Yashé, hasta que un día aparecieron en su casa unos misteriosos caballeros. El muchacho, temeroso, les abrió las puertas de su casa y compartió con ellos su comida. Sin embargo no se fiaba de ellos. Uno de los hombres le preguntó:

- Muchacho, ¿sabes el camino que lleva a la Ciudad Sagrada donde cuenta la leyenda que el último faraón del antiguo Egipto escondió el grandioso tesoro del reino?
- Sí –contestó Yashé- me la enseñó mi abuelo hace años, antes de su muerte, pero esa ciudad está protegida por los dioses y ningún mortal osa acercarse.
- Pues tú nos indicarás el camino si no quieres que te matemos aquí mismo-respondió el jefe del grupo mientras le mostraba un fusil.

Nuestro amigo no tuvo más remedio que acompañarles, pues le tenía gran aprecio a su vida. Al día siguiente comenzaron la marcha hacia la Ciudad que albergaba aquel fabuloso tesoro. Dos jornadas después llegaron a una montaña que parecía inexpugnable, pero Yashé les enseñó un pasadizo que llevaba directamente a la ciudad. Era hermosísima y sus torres brillaban como perlas. Sin embargo, de repente se desencadenó una fastuosa tormenta con rayos y truenos que hizo que las montañas de los alrededores comenzaran a derrumbarse. Los perversos hombres fallecieron bajo aquellas grandes piedras y el muchacho logró sobrevivir milagrosamente. Los dioses una vez más no habían permitido que nadie profanase la Ciudad Santa.

LA AMISTAD

Iron era un famoso caballero que vivía tranquilamente en un palacio situado a las afueras de la ciudad de Herat. Desde pequeño su padre y abuelo le habían adiestrado en el arte de las armas, y a fe que lo habían conseguido pues se convirtió en uno de los más valientes guerreros del monarca Isaac II, que reinó durante todo el siglo XII en esta preciosa región. Nuestro héroe siempre iba acompañado por un precioso halcón de color negro como el azabache e imponentes alas que le ayudaban a volar a gran velocidad.

Un caluroso día de verano, Iron partió a lomos de su caballo rumbo a una distante villa que estaba siendo acechada por un perverso dragón. Como siempre, iba acompañado de su inseparable amigo que cuidaba desde las alturas de que nadie sorprendiese por el camino a su entrañable compañero de fatigas. La amistad entre los dos era muy profunda y siempre estaban pendientes el uno del otro. Pasaron por numerosas aldeas y pequeñas fortalezas cuyas gentes se quedaban impresionadas cuando veían la enorme figura de Iron, ataviado con su reluciente armadura que había pertenecido a sus antepasados. Su enorme fama era conocida en todos los lugares, pues siempre se había jugado la vida defendiendo a las personas más necesitadas.

En la segunda jornada llegaron a una fuente preciosa que, ante el incesante calor, les vendría muy bien para saciar su sed. Sin embargo, cuando el valiente caballero se disponía a humedecer sus labios en aquella agua cristalina, el halcón lo atacó clavándole su pico y garras en la cabeza. El guerrero no daba crédito a lo que veía, cuando observó cómo el pájaro volvía presto a acecharlo de nuevo. Iron, con su cabeza ensangrentada, creyó que su fiel amigo se había vuelto loco y trató de defenderse, pues otro zarpazo del ave podría ser mortal. Con todo el dolor del mundo y con su cara humedecida por las lágrimas decidió coger su ballesta y cargarla con una de sus flechas. El halcón se disponía a atacar de nuevo y nuestro protagonista le asestó un flechazo en todo su corazón y cayó desplomado. Sin embargo, cuando el caballero se iba acercando a su amigo contempló una enorme serpiente venenosa que se hallaba en la propia fuente y comprendió que lo único que había tratado de hacer su fiel compañero era impedir que bebiese del manantial, pues la culebra lo mataría. Había sido una prueba más de su amistad, pues había dado la vida por la de su amigo.